

La masculinidad polimórfica y el poder polifónico

Xabier Lizarraga Cruchaga
Dirección de Antropología Física del INAH

El conocimiento proporcionaba poder, y el poder, su propia arrogancia, el papel que tenía que representar.

El señor del caos, JONATHAN RABB

Resumen

En el texto se hace una reflexión sobre la masculinidad y el poder, así como de la sexualidad de hombres y mujeres, todo ello desde la perspectiva de la complejidad. Se parte de las mitologías creadas para establecer un orden hegemónico y se hace un rápido repaso de una historia opresiva en el contexto occidental; se recuerdan algunos de los momentos y figuras clave del pensamiento y de los movimientos, como el feminista y el de liberación lésbico-homosexual, que proponen una nueva mirada sobre el ser hombre y el ser mujer. Por último, se discuten las formas de ejercer el poder, tanto desde la masculinidad como de la feminidad, con lo cual se invita a la polémica.

Palabras clave: mitos, mitología, sexualidad.

Summary

The text deals with a reflection on masculinity and power, as well as male and female sexuality, all from the perspective of complexity. It is based on the mythologies created to establish an order of hegemony, while it offers a brief overview of a history of oppression in the West. It refers to some of the key moments and figures in thought and movements, such as feminism and gay liberation, which propose a new way of looking at men and women. Finally, it discusses ways of exercising power, both from masculinity and femininity, inviting debate.

Keywords: myths, mythology, sexuality.

En un principio fue el caos... y el verbo intenta su explicación; después vinieron Adán y Eva, la serpiente, el fruto prohibido y la expulsión del paraíso —que simbolizan los misterios del origen y de la vulnerabilidad humana, así como las diferencias entre los sexos y sus destinos particulares, vía los roles sociales—, Caín y Abel —aluden a la violencia masculina, a la rivalidad que lleva al desencuentro y al asesinato—, la Torre de Babel —o la confusión de

lenguas y la incomunicación—, Sodoma y Gomorra —testimonio del ejercicio de una forma de intolerancia. Después y en otros escenarios, Elena de Troya, Paris, Aquiles, Menelao y Ulises —que parecen encarnar la confrontación intergrupala, los amores ilícitos e imperdonables entre hombres y mujeres, la soberbia y el ingenio—; la loba, Rómulo, Remo y el rapto de las sabinas —o la dominación masculina sobre la mujer convertida en objeto de uso y la construcción de un imperio patriarcal. Luego el rey Arturo, los caballeros de la Mesa Redonda y Ginebra, el Mio Cid Campeador, Ximena y la reconquista... Y así sucesivamente.

La biosfera se recubre de acciones, emociones y conocimientos delineados por el mito y la historia, por la leyenda y la vida cotidiana. Adán, Eva y sus secuelas son metáforas de mitos intransigentes, que dejan poco espacio a la diversidad del *somos* de hombres y mujeres; mitologías que definen y ajustan los principios rectores y reguladores de un guión.¹ Elena, Paris, Menelao y anexas, el rey Arturo y los caballeros, así como el Mio Cid, son metáforas de leyendas que ilustran la manera en que interactuamos y el modo en que los extravíos sociales y afectivos devienen en engranes del panorama político.

Las mitologías y las leyendas, sazonadas por las mentalidades de los grupos sociales, se reproducen una y otra vez a sí mismas, inalteradas en lo sustancial, pero cambiando con frecuencia para mantenerse vigentes y perpetuar, de generación en generación, un mismo orden social falocéntrico. Los mitos y las leyendas son simbolizaciones de los imperativos comportamentales que nos mueven, en tanto que animales humanos; representaciones simbólicas de la agresividad (que incluye, *pero no se limita a la violencia*), la territorialidad (que permite, *pero no se consume con la apropiación*), la sexualidad (que supone, *pero no se circunscribe al coito reproductivo*) y la inquisitividad (que contiene, *pero no se agota en las preguntas*) (Lizarraga, 1993: 57-81; 1995: 104-126; 2002: 105-137).

Sobre y a partir de tales mitos y leyendas, en un contexto de tradiciones judeocristianas y grecolatinas, se han elaborado otras metáforas, otras formas de representar y simbolizar nuestros orígenes (como animales humanos y como grupos sociales),² con el fin de comprender y explicarnos *cómo somos* y *cómo se es hombre y mujer*. Y toda metáfora, derive o no en mito o leyenda, con el tiempo fermenta el ánimo y provoca obsesiones; obsesiones que terminan por producir estereotipos de nosotros mismos, en tanto que individuos sexuados... Y así, se inventan la *masculinidad* y la *feminidad* (en patéticos singulares).

¹ Y como todo mito, pretende explicar y contar los orígenes de un grupo, en el que encajamos nosotros mismos por efecto del devenir histórico.

² Para mayor información, véase Lizarraga (2000).

A la sombra de la Iglesia, Dante vivió sus propias obsesiones, que lo llevaron a pensar en los Infiernos (así, con mayúscula y en concéntricos plurales) como espacios de condenas a perpetuidad; el Purgatorio (siempre en lastimero singular) como largo entreacto signado por el arrepentimiento y la penitencia, y el Cielo (en complejo y misterioso singular omnipotente) como ámbito eternizado en contemplaciones y reverencias. Para Dante, por ende, los hombres y las mujeres son figuras casi vagas, algunas con rostros y nombres propios, con ilusiones y miedos perturbadores; las más, anónimas, desconocidas, desdibujadas.

Mientras, entre brumas de secrecía y vapores de marmitas, las mujeres, convertidas en brujas, se reunían y comulgaban con la nocturnidad de las aldeas y en los bosques; y con los miedos transformados en protestas danzaban en los aquellarres, tratando de no ser presa de las hogueras encendidas en el nombre de Dios...

Mecido por la duda, Descartes pensaba que la pasión y la razón eran incompatibles, irreconciliables; dos caras de una misma moneda, cuyas miradas no pueden encontrarse, por lo que no debían confundirse ni fundirse la una con la otra. Le obsesionaban el orden, la objetividad, el rigor de las máquinas, el método y las medidas. A hombres y mujeres, en consecuencia, los veía como dos realidades concretas de una única medalla: *el ser humano*; medalla que muestra, en una de sus caras, la existencia de partes mecánicas, desarmables, definibles y explicables: *dos biologías*; y en la otra, lo subjetivo, lo apasionado, nebuloso, oscuro, indefinible, incomprensible e inexplicable... todo eso que los individuos sienten, aman, odian, sufren o disfrutan y que su método científico no era capaz de aprehender.

Entretanto, las mujeres seguían con sus sueños y silencios, entregadas a los hombres, amordazando miedos y deseos, y dando rienda suelta a las emociones; vivían sus rutinas obligándose a seguir el ritmo y los pasos de una coreografía impuesta por la tradición y el discurso hegemónico de sacerdotes, sabios, militares y maridos...

Entre los humos y el frenético ritmo de la revolución industrial, Darwin sacude algunas ideas arraigadas y nos contempla, como especie y en el ámbito de la animalidad, como productos de una evolución, de una selección natural (y posteriormente cultural). Parece no ver a mujeres y a hombres, sólo a hembras y machos que cumplen con sus respectivos papeles reproductivos en el juego de la adaptación y la sobrevivencia, obedeciendo *la ley del más apto*.

Entre rubores, escándalos y asombros, algunas mujeres se animaban, por aquel entonces, a dar pasos autonómicos hacia sí mismas, exigían ser tomadas en cuenta, demandaban el sufragio femenino sin modificar un ápice sus dinámicas cotidianas y domésticas... subversivas en la calle, esposas y

madres esclavizadas a corsés y miriñaques, decentes y recatadas en los salones y dormitorios.

Al abrigo de la medicina y la moral victoriana (que parecía haber llegado para quedarse), a Freud le obsesionó la cara de la moneda humana que la Ilustración no creía poder estudiar; la cara sensual, neurótica, oscura y luminosa a un tiempo. La suya era una obsesión³ que tenía como epicentro lo sexual, más histérico que racional, permeado por el inconsciente y constreñido a los rigores del super-ego. Para él, los hombres y las mujeres tenían un pasado inmediato (biográfico) grabado en la piel y en el ánimo; que perfilaba su presente adulto... anónimos y desdibujados, pero detalladamente dibujados por sus emociones y traumas.

Entre gritos y sollozos, intercalando sueños con obediencias, las niñas del siglo XIX y de principios del XX se convertían en mujeres-madres y en objetos de deseo, y los niños en hombres-padres y sujetos sociales y deseantes; unas y otros crecían edípicos y neuróticos, aprendiendo rutinas implacables que, incluso hoy, permiten clasificarnos en términos jurídicos, bajo el control de la mirada médica...

Tras esa larga y sinuosa historia, nuestros abuelos y padres terminaron por verse a sí mismos como mujeres y hombres signados por un insólito destino: *ser hombre y ser mujer de manera unívoca, según un canon rígido y limitante...* so pena de convertirse en perversos o enfermos, en viciosos o delincuentes. Pero en ese ir y venir de encuentros y desencuentros académicos y afectivos, aprendiendo y olvidando experiencias se gestaron nuevas obsesiones, que configuraron nuevos dogmas... y otras miradas.

El feminismo, al principio tímido y poco a poco más osadamente, se opone a que la mujer se vea sometida al hombre y obligada a ser una figura dantesca, vaga y anónima; se resiste a ser vista como máquina cartesiana o animal darwiniano dedicado a procrear hijos. El feminismo le hace frente a la idea de que la mujer es una condenada de por vida a la histeria freudiana y a la obediencia social ciega y muda; busca, en consecuencia, que las mujeres manifiesten su propio *malestar* con *la cultura*. Y siguiendo algunas de las huellas que las feministas dejaban, un número cada vez mayor de homosexuales elevó el volumen de su voz, superando algunos de los miedos que nos invisibilizaron, a través de más de dos mil años.

Mujeres y homosexuales se hacen fuertes mutuamente, no sólo a través de ideas provocativas y sugerencias inquietantes, sino generando estrategias para enfrentar a quienes pretenden imponer *cómo tienen que ser, qué tienen que sentir y cómo deben actuar*. A partir de la década de los años sesenta,

³ Heredera de las obsesiones de Dante, discípula de las de Descartes y Darwin

cada vez más mujeres y homosexuales se niegan a reconocer como propia la imagen prefabricada que les asigna una historia, por demás, manipulada. Mujeres con diversas singularidades sociosexuales y sexoafectivas, así como hombres homo y bisexuales —que pueden o no jugar con los roles y la imagen— le hacen frente a la doble moral y a la medicalización hegemónica del *hago* y del *quiero*, a la patologización del *soy* y del *siento*. Se hacen presentes como sujetos sociales, desmintiendo muchos de los mitos impuestos desde afuera y desde arriba. Feministas y gays, con sus luchas y acciones públicas, oponen resistencia a las leyendas domésticas y urbanas que se han construido a su costa y pasan por sobre muchas de las rutinas cotidianas que insisten en convertirlos en objetos y caricaturas, en ciudadanos de segunda o tercera clase, cuando no, en un otro totalmente despreciable.

Sorteando viejas y nuevas mitologías científicas y sociológicas, y cayendo con frecuencia en trampas emocionales, políticas y demagógicas (de la izquierda y la derecha de la geometría política), Simone de Beauvoir, Kate Millet, Victoria Sau, Marta Lamas, Annelise Maugue, Elisabeth Badinter y otras muchas mujeres hacen evidente que *los hombres y las mujeres son bastante más que biología*; porque *también son construcciones sociales, culturales y emocionales*. Por caminos convergentes, más que paralelos, y disconformes con no pocas tradiciones centenarias, algunos hombres —como Michel Foucault, Guy Hocquenghem, Didier Eribon, Jeffrey Weeks, Michel Kaufman, José Antonio Nieto y otros— escarban en la historia y arqueologizan los saberes y nos abren los ojos, nos descubren que la sexualidad es un caleidoscopio de imágenes, metáforas y vivencias, sobre el que se monta un dispositivo tentacular de poder (Foucault, 1979). Y con el tiempo, todo ello hace eco en consignas que se dejan oír en las calles: *¡Lo sexual es político!* y *¡No hay libertad política, si no hay libertad sexual!*

Sin embargo, de esa combatividad emergen nuevas mitologías y leyendas, que deben ser analizadas con buenas dosis de autocritica. Quizá hemos abierto una nueva caja de Pandora. Una tan atractiva y tentadora como la mítica, de la que sale un enunciado peligroso, que sirve de cimiento a un nuevo dogma: *el mito de que la masculinidad y el poder se confunden y diluyen el uno en la otra*. Mito-dogma que piensa el poder como producto de la fuerza bruta (propia del macho de la especie) y que considera que la violencia (institucionalizada o no) es cualidad inherente y exclusiva del macho (y por ende, de la masculinidad). Planteamiento teórico que se sustenta en supuestos huecos y engaños; que deviene incluso simplista, con el que no pocas veces se pretende explicar (y combatir) los desequilibrios políticos y sociales que, hoy por hoy, llamamos *inequidad* y *violencia de género*; cuando en el fondo es *desigualdad social entre los sexos* (que puede o no derivar en lo

anterior).⁴ No cabe duda que, en ese contexto discursivo la imposición social de la perspectiva masculinista puede pensarse derivada de cualidades o rasgos propios (que no exclusivos) del macho de la especie, pero también es necesario reconocer que: 1) *la masculinidad* (así, en abstracto) *no se reduce a una singular manera de ser y de estar de una biología dada* y, por tanto, no supone una única manera de ver y de pensar las relaciones intersexuales; no se reduce a una sola forma de sentir y de actuar del hombre frente a la mujer, y 2) *la masculinidad no ha sido construida por y para los hombres, sino en un devenir sexo-social complejo*, que no tiene ni autoría ni responsable anatómico o fisiológico alguno.

Asimismo, es un error pensar que *el poder* (así, en categórico singular) es un fenómeno unívoco. Existen (y han existido siempre) numerosas expresiones del poder —expresiones a veces incluso contradictorias y opuestas—, así como diversas maneras de detentarlo y ejercerlo. La masculinidad y el poder *no* dependen de una biología precisa, y la violencia no es inseparable de órganos como el pene, los testículos y la próstata, ni exclusiva de específicos niveles de andrógenos; del mismo modo como la sensibilidad, la sinceridad y la sumisión no son intrínsecas a la existencia de vulvas, clítoris y úteros o a una mayor producción de estrógenos. Tales supuestos no son más que patéticos reduccionismos biologicistas, que en nada ayudan a comprender los fenómenos.

Partamos de que el término *hombre* no es sinónimo de masculino ni el concepto poder es sinónimo de *imposición, autoridad y violencia*, como tampoco *mujer* es sinónimo de *femenino* ni *impotencia* lo es de *obediencia ciega, subordinación y ausencia de violencia*. Las palabras encierran numerosas posibilidades semánticas, por lo que ya es tiempo de que reconozcamos que: 1) *la hegemonía masculina* —transformada en supremacía del hombre, en un contexto social y cultural no sólo patriarcal sino falocéntrico— *también implica subordinaciones y debilidades del hombre*, 2) *la subordinación femenina* —transformada en devaluación de la mujer, en el mismo contexto social y cultural— *no supone la total carencia de fuerza y poder de la mujer*, 3) *hegemonía masculina y subordinación femenina no son fenómenos naturales* sino construcciones sociales e ideológicas; rebasan a hombres y mujeres, en tanto que individuos y sujetos sociales, y 4) *ser macho de la especie no implica automáticamente tener privilegios y hegemonía*, como ser hembra de la especie no supone necesariamente un estatus inferior y un sometimiento a cumplir siempre el papel de subordinado.

⁴ Cabe preguntarnos por qué no se habla, por ejemplo, de *una inequidad de género* en relación con la mayor frecuencia en que las mujeres divorciadas consiguen monopolizar la custodia de los hijos: ¿por qué se da por hecho, en principio, que los hijos deben quedar con la madre?

Si bien es verdad que el patriarcado y el falocentrismo colocan a la mujer (y a algunos hombres) en un plano de inferioridad y subordinación frente a la imagen abstracta de *lo masculino*, también es cierto que el patriarcado es lo suficientemente versátil como para adecuar sus principios rectores a la regla de las excepciones, con el fin de perpetuarse como sistema.

El primate humano, lo veamos desde donde lo veamos, es un animal paradójico (Lizarraga, 2002: 105-137; Lorite Mena, 1982); la paradoja media sus formas de organización social, y donde reina la paradoja, el maniqueísmo y el melodrama son ilusorios: *ya basta de vernos a nosotros mismos (y unos a otros) como víctimas o victimarios innatos*; no somos marionetas manejadas al arbitrio de una idea intransigente que promueve una historia ortodoxa de injusticias perennes y prerrogativas absolutas.

Pensar la masculinidad y el poder demanda reflexión y una cuidadosa revisión de los términos. Es necesario sacar a la luz las numerosas y confrontadas semánticas que se generan de las formas singulares de "lo masculino" (así, en abstracto) y "del poder" (así, en general). La *feminidad* y la *masculinidad* (así, en singular) no son más que ingredientes de una gran metáfora que sobrevive a base de transformarse, por lo que ninguna de nuestras verdades es tan monolítica e imperecedera como a veces nos gusta imaginar y argumentar.

A partir de que el feminismo se consolidara como discurso y perspectiva de análisis y reflexión, generando nuevas lecturas sobre las mujeres y, más concretamente, sobre las mujeres en un concierto social de corte no sólo patriarcal sino también heterocéntrico y reproductivista, se reconoce también la necesidad de *re-pensar la masculinidad*.

¿Pero de dónde partir?

Las muy diversas corrientes del feminismo piensan la feminidad a partir de la mujer misma, de la mujer que vive y se vive en un contexto sociocultural falocéntrico, atravesado y delineado por supuestos tales como "*las mujeres son cariñosas, sensibles, dedicadas y serviciales, susceptibles, débiles, mudables, impotentes, dependientes*" y un largo etcétera, que parece querer terminar con una sentencia: *son inferiores a los hombres*. Supuestos indefendibles, pero que continúan vigentes en la medida en que las mujeres son madres que aman y cuidan a sus hijos, esposas que obedecen y atienden a sus maridos, e hijas y hermanas que sirven al grupo familiar; en tanto que con frecuencia, son convertidas en meras mercancías de intercambio. Y el feminismo, independientemente de matices particulares, es la perspectiva que discute esa imagen de la mujer y se aboca a una reflexión seria y rigurosa sobre *lo femenino*.

Ahora bien, en esa misma línea de ideas sería lógico esperar que el discurso en torno a la masculinidad *partiera del hombre y mirara al hombre* en ese mismo contexto sociocultural. No obstante, son las mujeres las que llevan la

vanguardia en esa revisión y, más concretamente, en el análisis y la reflexión sobre lo masculino, aplicadas como están en la discusión de los sexo-géneros. Son pocos (aunque la cifra aumenta con el tiempo) los hombres que asumen la importancia de mirarse a sí mismos como parte de una bisagra sociocultural y, a partir de una mirada sobre la masculinidad, *replantarse el papel que vienen jugando en el devenir social y en el devenir cotidiano*, en tanto que padres, esposos, hijos y hermanos de las mujeres, y en tanto que hombres heterosexuales, bisexuales u homosexuales (Miano Borruso, 2003).

Cabe subrayar, sin embargo, que para realizar un análisis riguroso de nociones tales como *lo femenino* y *lo masculino*, el gran problema radica en limitar dichas nociones al singular; en pretender que es singular lo que siempre ha sido plural. No existe tal cosa como *lo masculino*, porque no existe *el hombre*; existen *hombres* y formas diversas de *masculinidad*.⁵ Del mismo modo, nada hay que podamos definir como *el poder*; hay formas diversas y plásticas de detentar y ejercer poder.

Entonces, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de "masculinidad" y "poder"?

Según el diccionario, "masculino" es: "[...] *el ser que está dotado de órganos para fecundar* [...] *Género masculino. El del nombre que significa varón o animal macho* [...]" (Alonso, 1991: 2735).

Lo que no parece ser suficiente para un análisis y una reflexión del fenómeno social de "lo masculino", que a todas luces resulta mucho más complejo.

Otro tanto ocurre con el término "poder", que el mismo diccionario define, entre varias acepciones, como: "*Dominio, imperio, facultad y jurisdicción que uno tiene para mandar o ejecutar una cosa* [...] *Fuerza, vigor, capacidad, posibilidad* [...]" (Alonso, 1991: 3329-3330).

De aceptar sin discusión lo que suscribe el diccionario, no deberá extrañarnos que *se asocie el poder a lo masculino*, en la medida en que es el macho de la especie el que *tiene el poder, la capacidad y la posibilidad de fecundar a la hembra*.⁶ Y tampoco debe extrañarnos que, al preguntar cuál es el sexo de una persona se responda en términos de sexo-género, con un categórico "masculino" o "femenino", como si *macho, hombre y masculino* fueran palabras realmente intercambiables (lo mismo que *hembra, mujer y femenino*).⁷

Desde una perspectiva académica más crítica, al hablar de sexos debemos

⁵ Al igual que no todas las mujeres son iguales y hay maneras muy distintas de feminidad.

⁶ Aunque existen excepciones, como el hipocampo, especie en la que bien podríamos decir que es la hembra la que fecunda con sus huevos los espermatozoides que guarda el macho en su interior.

⁷ Desde una perspectiva más rigurosa, tal forma de responder es inadecuada, y el diccionario sólo es aval del error (que no es menor por ser frecuente).

pensar en términos *puramente biológicos*⁸ y por ende, tendríamos que utilizar las palabras *hembra* y *macho* (se trate de la especie de que se trate). “Masculino” y “femenino”, son nociones de corte social que, más que a características y cualidades anatómicas y fisiológicas, hacen referencia a *imágenes y representaciones socioculturales* de lo que supone ser macho o hembra en un determinado grupo sociocultural y en un momento determinado de su historia (Lamas, 2002). *Masculino* no es sinónimo de *macho* (ni de hombre), ni *femenino* lo es de *hembra* (ni de mujer). Cada una de esas palabra apunta a realidades bien distintas (más que realmente distantes u opuestas); prueba de ello es que, aunque biológicamente podamos reconocer por lo menos un tercer tipo de sexo, el *hermafrodita*,⁹ no utilizamos ningún término sexo-genérico específico para designar a tales individuos, en la medida en que en contextos como el nuestro, tales individuos no componen una realidad social específica (por lo pronto).¹⁰

Los términos “masculino” y “femenino” pertenecen a un discurso taxonómico que sólo en una mínima parte tiene sustento biológico: *si al nacer el individuo presenta en la entrepierna un pene y una bolsa testicular se le supone macho de la especie, y se le registra socialmente utilizando el término “masculino”*.¹¹ Poco les importa a las instituciones sociales si el individuo, ya clasificado, reúne o no todas las características biológicas del macho (léase: genes, cromosomas, gónadas, órganos internos, producción hormonal, etcétera).

En función de lo anterior, podemos decir que “masculino” y “femenino” son un par de etiquetas que ponemos (y a veces quitamos) *sin demasiado rigor*, aunque seamos irresponsablemente rigurosos (e intransigentes) cuando pretendemos que un individuo responda con su imagen, sus maneras de ser y estar, sus apetencias y sus expectativas de vida a todo lo que, sin detenernos a pensar mucho, consideramos que significa “lo femenino” o “lo masculino”. Y ello porque en todo grupo social se asocian a uno y otro sexo con ciertos roles o papeles sexo-sociales a representar, que casi siempre son tenidos por opuestos y, por ende, pensados en permanente confrontación. Desde tal perspectiva, se pretende que *ser un macho de la especie es haber aprendido a ser masculino...* y no dejar lugar a dudas al respecto.

Para autoras como Ruth Hartley (1959: 458), a finales de la década de los años cincuenta, *ser masculino* suponía un aprendizaje *a posteriori* a aprender *lo que no se debe ser*. Idea que Elisabeth Badinter, más recientemente

⁸ Sea que se reconozca o no la existencia de dos o más sexos.

⁹ Por no detenernos a discutir sobre todas las otras realidades *biológicas* que el discurso biomédico tradicional suele reunir en un solo apartado, bajo el concepto “estado intersexual”.

¹⁰ En la medida en que no se les considera, en tanto que hermafroditas, sujetos sociales.

¹¹ Y si presenta vulva, se le presume hembra y se le registra con la denominación “femenino”.

te, retrabaja al decir que el niño aprende y construye su masculinidad a partir de la negación de lo femenino:

Cuando nace, naturalmente, el bebé se encuentra en un estado de pasividad primaria y es totalmente dependiente de la persona que lo nutre [...] las consecuencias de dicha experiencia no son las mismas en un chico que en una chica. Para la chica constituyen la base de la identificación con su propio sexo; para el chico son una inversión de sus roles posteriores. Para hacerse hombre deberá aprender a diferenciarse de su madre y a esconder en su interior más profundo esa deliciosa pasividad en la que no era más que uno con ella (Badinter, 1993: 67).

¡Oh, Freud! Cuán retorcidos llegan a ser los caminos que trazaste, y que tan ferozmente custodian y retocan tus feligreses... hoy legión.

Antes de dar por buenas ideas como las de Hartley y Badinter, quizá debiéramos preguntarnos si resisten pruebas de verosimilitud, contrastándolas con ideas generadas a partir de otras miradas, tales como las de la evolución, la etnología y la historia. No es suficiente pensar *la masculinidad* en términos ontogenéticos (o biográficos), que con facilidad nos arrastran a fórmulas simplistas. También es necesario pensar y analizar los sexo-géneros desde una perspectiva evolutiva y en términos históricos. Como animal mamífero y como primate, el *Homo sapiens* se expresa adaptativo, encajando en un entorno no sólo complejo sino en constante cambio, y en el que las cualidades particulares de cada sexo devienen en singulares capacidades que dan *plasticidad a la especie* y le permiten una mejor *explotación del entorno* y un mayor *aprovechamiento de oportunidades*. Y es en el devenir histórico de los diversos grupos humanos prehistóricos donde tales cualidades y capacidades singulares de los machos y las hembras derivan en una división social de actividades y compromisos grupales diferenciados, todo lo cual, hoy por hoy, solemos inscribir en nociones como "lo masculino", "lo femenino" y "los papeles socio-sexuales".

Si pretendemos que la masculinidad (así, en ortodoxo singular) se construye como (y a partir de lo que) dice Elisabeth Badinter, tal vez estemos dando por sentado y de manera inapelable que *lo femenino siempre precede a lo masculino*; un supuesto teórico que puede apoyarse en el hecho biológico de que todo cigoto de *sapiens* tiende, en principio, a la conformación y configuración de una hembra de la especie, *mientras que el macho es producto de una desviación de dicha tendencia*.¹² Ahora bien, no es adecuado generalizarlo

¹² De hecho, el organismo XX (hablando de sexo-cromosomas) es tan viable como el organismo XO (un síndrome de Turner), al tiempo que la viabilidad de un organismo OY no es posible; siem-

como fenómeno social, pues tal tipo de supuestos tienden a convertir la historia humana (e incluso nuestras biografías) en guiones bastante anodinos y absurdos, que terminan en resultados diametralmente opuestos a los deseados: *dado que la mujer es la madre del hombre y el principio de Eva parece incuestionable, el patriarcado sería, en consecuencia, una ulterior producción de la propia Eva*. Dicho en otras palabras, da lugar a una idea equivocada: que un matriarcado primigenio siempre antecedió al establecimiento y la hegemonía de un patriarcado.

Partamos de una diferenciación de los componentes del problema: *biología y sociedad son dos fenómenos distintos que responden a lógicas y dinámicas diferentes, aunque muchas veces se entrecrucen y medien mutuamente*. Por consiguiente, es importante reconocer dos planos bien distintos: 1) mientras que el sexo es pura biología, el sexo-género es categoría y constructo social, etiqueta que deviene identitaria, en tanto que idea colectiva, y 2) tanto en lo social como a niveles psicológicos y afectivos, los individuos hembras y machos del animal humano necesariamente construyen *feminidades y masculinidades* diversas y plásticas: *tanto la feminidad como la masculinidad son polimórficas*.

Pese a que las masculinidades (como las feminidades) se construyen a partir del discurso social, cultural y afectivo que permea el entorno del individuo, no es sólo ese discurso lo que le da sentido íntimo (e incluso una dirección) a dicha construcción socio-sexual. En la construcción de las masculinidades intervienen numerosas variables y muy pocas constantes... *y el poder no es precisamente una de ellas*. De hecho, en no pocos grupos étnicos los chamanes, siendo machos de la especie no expresan una masculinidad acorde con el modelo del grupo, sino más bien una ambisexualidad o una modalidad de feminidad, y pese (o gracias) a ello, devienen en sujetos poderosos; detentan y ejercen un tipo de poder especial para el grupo en su conjunto; con frecuencia son hombres venerados y temidos a un tiempo (Cardin, 1984; Lizarraga, 2003).

El poder en sí, más como fenómeno que como noción, y como las mismas masculinidades y feminidades, *no es un algo monolítico*, sino que se da y se expresa en una polifonía de acciones, actitudes y emociones, de significaciones y valoraciones tempo-espaciales, que median y modulan comportamentalmente la interacción y retroacción entre los individuos (sean éstos mujeres u hombres) y entre éstos y el conjunto social de su entorno.

pre se requiere de un cromosoma X para ser y seguir siendo una forma viva. Luego entonces, Eva no es creada ni a un costado ni de la costilla de Adán, sino que éste es animado por el cromosoma X de la Eva primigenia.

Ahora bien, debemos preguntarnos, ¿por qué se insiste en asociar la *masculinidad* con el *poder*? Y aunque no hay una respuesta que nos parezca satisfactoria o suficiente a todos, considero que responde a una visión bastante simplista, que podríamos resumir en: 1) resulta más fácil aceptar (y conformarnos) *con las apariencias*; 2) la apariencia nos dice que los hombres tienen mayor fuerza física y que el orden patriarcal *procura privilegios* a los hombres; 3) la fuerza física puede con frecuencia *tender a expresiones de violencia* y que el patriarcado *otorga el poder* a los hombres, que suelen ser más violentos, y 4) que la masculinidad *es lo que representa a los hombres* y admite *mayor violencia* que la feminidad.

Resultado: *los hombres son los ejemplares masculinos y poderosos de la sociedad porque son violentos.*

Es más fácil dar todo ello por sentado, que desbrozar una jungla de posibilidades en las que *nada es sólo una cosa*, y no siempre las cosas son lo que parecen. Permitámonos pensar, aunque sólo sea a modo de ejercicio, que las masculinidades no tienen contornos rígidos y que detentar y ejercer poder no siempre resulta tan evidente como para identificarlo claramente.¹³ No nos dejemos engañar o embaucar por la publicidad y los dogmas simplistas: *los hombres y las mujeres somos algo más que buenos y malos, fuertes y débiles, violentos o pacíficos*, algo más que esas caricaturas que destacan y exageran sólo ciertos rasgos de lo que se presupone son algunas características o cualidades propias y exclusivas de hombres y mujeres. No nos engañemos, asociar la violencia, la inexpresividad de las emociones y el ejercicio del poder con *lo masculino* es una salida tan fácil y equivocada, como lo es pensar *lo femenino* en términos de encarnación social de la debilidad física, la expresión incondicional de los afectos solidarios y la sumisión.

Aquí y ahora, los invito a pensar a partir de otra premisa: *del mismo modo como los sexo-géneros no se construyen sólo a partir de rasgos y características biológicas, el poder no se configura sólo de fuerza física, insensibilidad y violencia.* El poder, para darse y ejercerse, requiere que el sujeto tenga debilidades; es necesario que quien lo detenta y lo ejerce también sea frágil y vulnerable: *la omnipotencia resulta tan improductiva e imposible como la total sumisión.* Una y otra suponen un estatismo estéril, una inmovilidad que es sinónimo de nada, de *no acción*, de *no vida*. De ahí que el Dios judeocristiano, que se concibe eterno y omnipotente, resulte inviable en términos orgáni-

¹³ Tanto las masculinidades y feminidades, como las formas de detentar y ejercer el poder, cambian en función y virtud de la interacción y retroacción de diversos elementos, factores, agentes y escenarios en que se dan los procesos y los fenómenos de socialización de los individuos, independientemente del sexo de éstos y de que respondan o no a las expectativas sociales sobre los sexo-géneros.

cos y sociales, y sólo es factible en términos del dogma de fe. Incluso los estados autoritarios y las dictaduras son ejemplos de fragilidad, son vulnerables, de ahí que se apuntalen a sí mismas generando dependencias en el conjunto de los ciudadanos y se procuren órganos represivos que les limpien el camino y los escenarios de acción: la censura y la represión siempre son muestra de debilidad y miedo. A nivel de las formas biológicas y sociales, la omnipotencia no es viable (o se anula a sí misma), por lo que la total sumisión igualmente resulta inviable; es sólo una alucinación, una imagen que de tan abstracta también es nada.

Por lo mismo, es absurdo e inútil pensar la masculinidad como *prototipo* tanto del poder como de la violencia o de la falta de expresión de emociones. Los prototipos son imágenes virtuales, no existen en la realidad, sólo son posibles en el campo de las hipótesis y las teorías.¹⁴ De ahí que, pensar a la mujer (a lo femenino) como víctima perenne, como sujeto anulado y sometido en todo (y para todo) al macho de la especie, es no pensar en la hembra de la especie ni en la mujer cotidiana; es imaginar *lo femenino* como un algo vacío de realidad y sin resonancia alguna. ¿Qué utilidad tendría para un orden social (cualquiera que éste fuese) un ser vacío de realidad? ¿De qué forma le podría ser útil al patriarcado y al falocentrismo un sexo-género sin fuerza ni sustancia, sin resonancias que sirvan de contrapunto al otro?

Pensar la masculinidad en oposición total a la feminidad y pensar al macho primate *sapiens* como epítome de fortaleza, poderío, agresividad, violencia e insensibilidad, es absurdo. Por un lado, no existe el hombre sin fisuras y sin emociones, no existe el hombre inafectable, sin limitaciones, invulnerable y sin debilidades, sin numerosas impotencias. La hembra *sapiens*, por otra parte, no sólo tiene fuerza, tiene y ejerce, conscientemente o no, más de un tipo de poder. Y no sólo eso; como el hombre, la mujer también es capaz de disfrazar su fuerza mediante la debilidad y de mostrarse insolidaria, insensible y apartada del compromiso emocional, del vínculo y del intercambio. La mujer puede ser tan esquivada y tan poco pasional como cualquier hombre; del mismo modo, el hombre puede ser tan amoroso, susceptible y entregado a los demás como cualquier mujer... independientemente de su identidad sexo-générica y de los papeles sexuales que desempeñe en el concierto social.

Para hablar de la masculinidad o la feminidad no hay que limitarnos a describir a los personajes que la representan en la escena pública; hay que atender a los muchos y muy distintos actores que la escenifican, y hay que reconocer

¹⁴ Aunque con frecuencia las instituciones sociales que creamos pretenden que, siguiendo ciertas normas y regulaciones, nos convirtamos en ejemplos vivientes de los prototipos que las sustentan: *en hombres y mujeres de diseño*.

que dichos actores no son sexo-géneros que deambulan por los escenarios, sino animales humanos, primates sexuados y sensibles, modelados por la evolución, la historia y la ontogenia. La masculinidad, por lo mismo, no tiene (ni puede tener) un único rostro ni una única manera de ser, de expresarse, de manifestarse, de vivirse.¹⁵ Pensar lo masculino y lo femenino (así, en neutro y en abstracto, en absolutos) como lo que son los hombres y las mujeres es imaginar a seres inexistentes e irrealizables. *No se es masculino porque se es hombre ni se es hombre porque se es masculino, y tampoco se es femenina porque se es mujer ni se es mujer porque se es femenina.*

Con bastante lucidez Elisabeth Badinter (1993) ha propuesto algunas ideas en torno a las identidades masculinas, que rompen la mirada simplista y unívoca. Y como ella hace, bien podemos hablar del *hombre duro*, que asume que la masculinidad es *todo lo contrario* de la feminidad, y piensan que su identidad como tal depende de una serie de cualidades y rasgos que devienen en poder y supremacía: fuerza física, dureza, agresividad y violencia; sin permitirse mostrar sentimientos ni dejarse llevar por las debilidades. Así como podemos hablar del *hombre blando* que, para Badinter, es el que deja de lado los privilegios de la masculinidad y recupera para sí los atributos y las características que se pretenden, desde una perspectiva binaria, exclusivamente femeninas: dulzura, ternura, sensibilidad, debilidad, fragilidad y un largo (e improbable) etcétera. Pero la autora, no obstante, no parece reconocer la existencia de otros tipos de masculinidad, que dan lugar al *hombre flexible*: *aquel que sin renunciar a los atributos que se piensan propios y exclusivos de los hombres tampoco niega, para sí, las cualidades y los rasgos que se presuponen generalizados en las mujeres.* Y la autora tampoco se detiene a plantear que tales tipos de masculinidades interactúan con feminidades equivalentes: *la mujer dura, la mujer flexible y la mujer blanda*; feminidades múltiples, y cada una de ellas con numerosos matices que, como en el caso de las diversas masculinidades, generan una pluralidad de significaciones y maneras de ser y estar en el mundo, que texturizan las interacciones hombre ↔ mujer, mujer ↔ mujer y hombre ↔ hombre.¹⁶

Las masculinidades, como las feminidades, dan lugar a múltiples escenarios,

¹⁵ Al igual que la feminidad, que no es sólo de una forma, lisa y llana, sin matices ni recovecos.

¹⁶ Estas categorías propuestas en torno a *modalidades de ser hombre* (o mujer), bien podemos pensarlas como formas arquetípicas, e incluso identificar no sólo a ciertos chamanes sino a personajes de la historia occidental que se podrían tomar como ejemplos singulares de las formas *flexibles*; hombres y mujeres que —en muy diversos sentidos y en direcciones, a veces opuestas— detentaron y ejercieron gran poder: Alejandro Magno, Julio César, Cleopatra, Leonardo da Vinci, Isabel la Católica, Elizabeth I de Inglaterra, Teresa de Ávila, Napoleón, Hitler, Francisco Franco, Eva Duarte de Perón... por sólo sugerir unos cuantos.

dramaturgias y coreografías, a narrativas y textos sumamente complejos, en los que las contradicciones no sólo son inevitables, sino que son imprescindibles. No es posible —si se quiere una aproximación verosímil a la realidad expresiva de lo masculino— obviar o negar las contradicciones. Todo análisis (toda reflexión y comprensión) de las masculinidades tiene que darse, más que dialéctica, dialógicamente.¹⁷

La masculinidad (así, en general) no sólo tiene un sinfín de rostros, gestos y guiños; tiene altibajos y derrapes, y sus contornos son siempre inestables: *es polimórfica*; puede expresarse con delicadezas y brutalidades (incluso de manera simultánea). De igual modo, el poder (y su ejercicio) deviene *polifónico*; y ahí donde no alcanzamos a escuchar ningún sonido que identifiquemos como masculino, registramos los silencios que le imprimen ritmo, y se hacen evidentes los acordes y las melodías del poder detentado y ejercido cotidianamente (de manera doméstica y extradoméstica) por las mujeres.

Como también ocurre con los homosexuales, los judíos y los negros (entre otros muchos grupos), la mujer sólo carece de poder cuando se obsesiona con *representar el papel de víctima sufriente* y se piensa a sí misma como *protagonista de la marginación, la opresión, la represión y el desprecio...* cuando introyecta y asume como propio el papel de víctima propiciatoria, de víctima sacrificial y se aferra al lamento lastimero o a la resignación.

Otra cosa es, sin embargo, reconocer y denunciar que la justicia no es ciega —como suele ser representada—, y convertida en institución patriarcal deviene manipulable y manipulada (esgrimida como arma). En un orden falocéntrico, que no necesariamente manejado por el hombre, la justicia se administra desde la perspectiva del patriarcado, poniendo más atención y cuidado en el sujeto (independientemente de su sexo) *que reúne los atributos y las cualidades que presupone e impone la convocatoria al sexo-género masculino de diseño*. El sistema patriarcal y la ideología falocrática no conciben (y pretenden no consentir) una diversidad de masculinidades; en consecuencia, el hombre que desea disfrutar de los privilegios masculinos no debe permitirse a sí mismo que los demás descubran sus debilidades e impotencias. Tiene que representar el papel de director de la orquesta y de la escena social, de protagonista bendecido por la biología y laureado por la historia, de orador efectista en el discurso demagógico de las liturgias familiares, religiosas, laborales, económicas, científicas, artísticas, médicas, deportivas y periodísticas. Y en ese afán de acaparar, pretender ser magnánimo y capaz de ofrecer a la mujer, a modo de limosna, el monopolio de lo inmediato doméstico (con

¹⁷ Para profundizar en el concepto (y en el fenómeno mismo) de la *dialógica*, véase Morin (1996, 2001, 2003).

sus rutinas esclavizantes y lacerantes), el monopolio de las apegos cotidianos (con sus rutinas de servicio y lágrimas) y el monopolio de lo sentimental (con sus rutinas sacrificiales).

Pero repito, no nos dejemos engañar; el poder (como hacienda y como ejercicio) no está sólo en manos del sexo-género masculino y tampoco es patrimonio monopolizado por el hombre adulto heterosexual blanco, rico y exitoso. El poder no es un algo que se toma o arrebató; es una cualidad del animal vivo, de todo individuo de la especie. Incluso un recién nacido detenta y ejerce poder, independientemente de su sexo, del sexo-género que se le asigne, de la identidad sexo-genérica que construya o de las identidades y experiencias sexo-eróticas o sexo-políticas que llegue a tener y expresar al paso de los meses y los años; independientemente de su raza, de su origen étnico o religioso, del contexto social, cultural, económico y político en que llegue a desarrollarse como sujeto. Un recién nacido pide y exige al tiempo que da y comparte, por lo que moviliza a otros en torno a sí, los domina y controla en alguna forma y medida, aun sin proponérselo, y da lugar a instituciones y políticas sociales, pese a que sus interacciones culturales y socioafectivas sean mínimas y no conscientes. Un recién nacido, un anciano, un minusválido, un loco y un enfermo terminal ejercen poder sin violencia, sin fuerza física, sin dejar de lado sensaciones y emociones.¹⁸

En ese mismo sentido tenemos que reconocer que la mujer (y por extensión, lo femenino) nunca ha carecido de poder y no ha dejado de ejercerlo. El hombre no puede monopolizarlo para sí (aunque ridículamente muchos lo pretendan cada día). Es por ello que me resisto a pensar el poder siempre (y sólo) en términos masculinos, y a pensar las masculinidades siempre (y únicamente) en términos de poder, de imposición, dominación, violencia y depredación. Los hombres y las masculinidades no monopolizamos el poder, porque éste es polifónico; *ni siquiera monopolizamos el poder social o sexo-político*. Las mujeres y las feminidades también han sido y son poderosas. Y no me refiero (o no solamente) a las mujeres que se registran como ejemplos singulares en las historias de los pueblos y naciones; no me limito a pensar en esas mujeres que detentaron y ejercieron un poder de corte "masculino" (así, entre comillas), y que avalaron las tradiciones y formas falocéntricas de interactuar y hacer política.¹⁹ No, no pienso (o no únicamente) en Hatshepsut, Nefertiti,

¹⁸ De hecho, podríamos decir que todos detentamos y ejercemos poder; sólo los muertos y quizá quienes se encuentren en estado de coma profundo son incapaces e impotentes, pese al hecho de que también existan instituciones y políticas en función de ellos; no detentan ni ejercen poder porque no mantienen dinámicas de interacción y retroacción sociales, culturales y emocionales con el entorno, con otros sujetos.

¹⁹ De hecho, el patriarcado en ocasiones se permite ciertas libertades respecto a las estructuras

Cleopatra, Livia, Mesalina, Juana de Arco o Leonor de Aquitania, Isabel la Católica, Isabel Suárez, Elizabeth I de Inglaterra, Catalina de Médicis, Catalina la Grande de Rusia o Victoria de Inglaterra, Eva Duarte de Perón, Golda Mayer, Indira Gandhi, Margaret Thatcher o Condoleza Rice... mujeres que detentaron (o detentan) un poder de signo patriarcal, más que propiamente masculino, y que lo ejercieron (o ejercen) con la tenacidad de una madre dominante, del tipo que llegara a imaginar, describir y diagnosticar Sigmund Freud en su triángulo edípico.

Pienso en la mujer-esposa, madre, hermana o hija de mi vecino, en prostitutas, campesinas, obreras y secretarias, en monjas, cocineras, maestras, mujeres policía, académicas, empleadas domésticas y en la vendedora de la tienda de la esquina... Me refiero a prácticamente todas las mujeres, incluso a las más anónimas y más debilitadas por el uso y la costumbre. Pienso en las mujeres del día a día, que son tenidas por sujetos sociales puestos entre paréntesis, vistas como personajes de segunda, como comparsas del hacer de los hombres y de la institución familiar, las sombras vagas y dantescas del día doméstico. Mujeres, todas ellas, que son realmente fuertes y paradójicamente poderosas en su impotencia, resistentes en sus quebrados devenires e inmutables en sus afectos; mujeres que, en gran medida, definen y delimitan las masculinidades y feminidades de sus hijos e hijas; mujeres recias, tenaces, capaces de controlar, aunque sea por momentos muy breves, las riendas de un suceso que trasciende, que va más allá de las paredes que las cobijan u ocultan de la mirada de los hombres y de otras mujeres. Me refiero a todas las mujeres, porque hacen girar en torno a sí mismas un hecho, aparentemente trivial, pero que deviene relevante: *la reproducción no sólo de la especie sino del grupo social*. Finalmente, su poder también radica en descubrir (y hacernos ver a los hombres) que todo sistema social es perfectible.

Las mujeres detentan un poder que *no sólo* (pero también) se afianza en la fertilidad de sus óvulos, en la eficiencia de sus ovarios y sus úteros, en la productividad nutricia de sus glándulas mamarias. Un poder que va más allá de la sugerencia de sus caderas (como diosa de la fertilidad) y de los guiños de sus párpados (como diosas de la seducción). El poder del que hablo es el poder que subyace en la capacidad de sobrevivir al silencio y no morir asfixiadas por la clandestinidad; esa capacidad que tienen las mujeres de mantener ante los demás una imagen que oculta el hecho de ser testigos presenciales de las rivalidades y estrategias de los demás.²⁰ No podemos negar que las feminidades

y los rasgos anatómicos de los paladines de su orden (sin duda misógino, sexista en el amplio sentido del término y racista en sus principios).

²⁰ Ese poder que, en gran medida, también han ejercido los hombres y las mujeres homosexuales, a través de la historia de opresión-represión que han sufrido.

también se construyen a partir de descubrir y desentrañar los recovecos y matices de las masculinidades. La mujer, por el lugar que se ha visto obligada a ocupar en el orden patriarcal, sabe *cómo es vista por el hombre* y sabe que *éste poco sabe de cómo ella lo ve a él*. Y esa ubicación le permite *aparentar un no estar presente ni darse cuenta de lo que ocurre en la esfera masculina*, de ahí que la mujer es tan hábil para desarmar los blindajes de la masculinidad estereotípica más finamente construida, descubriendo las fisuras, detectando las debilidades y analizando las vulnerabilidades del macho de la especie que, autoengañándose, se siente prototipo de la misma. Ese poder de la mujer (y por extensión de las feminidades) deriva de un algo que, sin duda, las mujeres no sólo aprendieron de sus madres y en el devenir de la historia, sino que lo traen consigo, vía el proceso evolutivo: *su resistencia biológica y su psicología panorámica, su funcionamiento cerebral bi-hemisférico*. El hombre (y en consecuencia la masculinidad ortodoxa) no cuenta con ese poderoso legado filogenético; cuenta con una mayor fuerza física, de corto alcance en el tiempo, y con una psicología focal, de eficiencia limitada cuando no se trata de cazar o de defenderse de un peligro concreto y detectado.

En los diccionarios, contra toda evidencia, las mujeres han sido definidas como *el sexo bello y débil* (y no pocas mujeres, como Esther Vilar [1978], pretenden transformar eso en el eje del poder de lo femenino). Los hombres, por el contrario, hemos sido definidos como *el sexo fuerte y el sexo feo*. Sin embargo, *lo bello y lo feo* no pueden ser rasgos de la feminidad ni de la masculinidad en general, porque son nociones que requieren un parámetro y de unos cánones no sólo estéticos sino ideológicos, particulares de un grupo en un momento dado de su historia. Sólo en la dimensión social lo bello y lo feo deviene en cualidad pragmática,²¹ pero en ningún caso *belleza significa impotencia* ni *la fealdad es simultánea (o corre en paralelo) al poderío*.

Ahora bien, en términos biológicos, la hembra humana —que es tenida por *el sexo débil*— se evidencia mucho más fuerte que el macho, por lo menos a largo plazo: *en general y en promedio tiene una mayor resistencia y una menor vulnerabilidad biológica que el macho, desde la gestación hasta la muerte*. Y también contradicen esa supuesta debilidad e impotencia femenina los elevados umbrales al dolor de las hembras, que derrotan al grueso de los machos y al más estereotipadamente masculino de los hombres; ningún hombre, por sólo poner un ejemplo (que ya es lugar común), físicamente resisti-

²¹ Sin embargo, en nuestro contexto histórico y sociocultural, lo bello también deviene una forma de detentar y ejercer poder: *fuerza seductora que se pretende en oposición y confrontación con la fuerza bruta... pretendidamente exclusiva del macho de la especie*.

ría las consecuencias colaterales de un embarazo y, mucho menos, los avatares de un parto.

No sólo biológica, sino evolutivamente, los considerandos sociales e ideológicos sobre lo femenino y lo masculino no tienen sostén alguno; de ahí que sea, repito, incongruente equiparar sexo y sexo-género.²² Si lo masculino fuera equivalente al poder de un sexo, tendríamos que reconocer que el poder (incluso el poder político) supone una impotencia... desde la perspectiva de los sexo-géneros de diseño, el sujeto masculino *no se puede permitir el desmayo, el devaneo o el espontáneo quiebre de un movimiento*, porque el estereotipo *exige el ejercicio permanente del simulacro*.

El hombre-macho-viril/100% masculino y monopolizador de poder, a través de la violencia sólo puede darse en las tiras cómicas, pues supone la permanente escenificación y representación de un guión. Masculinidad es monopolio de poder si, y sólo si, el poder es un algo tan débil que necesita ser apuntalado por la simulación total, por la representación a tiempo completo de imperturbabilidad, indolencia, indiferencia hacia el otro y templanza a prueba de todo.²³ Para ser un hombre poderoso, en términos de una ortodoxia masculina (se supone una liturgia); *es necesario aprender a fingir* que no se siente, no se tiene miedo, no se llora, no se deja uno vencer por la pasión amorosa (tan sólo por el esporádico estallido orgásmico). De igual forma, podríamos decir que la mujer, de acuerdo con las ortodoxias y liturgias de la femineidad, para no detentar y ejercer poder *tendría que fingir (también a tiempo completo) debilidad e impotencia* y negar sus capacidades de lucha, sus expresiones de violencia, su autonomía y sus deseos puramente eróticos.

Masculinidad y poder es, sin embargo, un tema que siempre estará inacabado... abierto a debate; y todo lo que al respecto digamos se verá puesto a prueba no sólo en términos académicos sino en el día a día social, cultural y emocional de cada hombre y cada mujer. Y aun cuando las conclusiones a las que lleguemos resistan pruebas de la verosimilitud, siempre habrá algún lugar

²² Cabe pensar que en las dinámicas del orden social (cualquiera que sea éste) tanto los sexos como los sexo-géneros tienen poder; un poder distinto, pero no distante. Sin embargo, cuando el hombre se deja seducir y atrapar por la noción estereotipada de la masculinidad, deviene totalmente derrotado; se pierde a sí mismo cuando piensa que las cualidades y los rasgos del macho de la especie son lo que definen y precisan lo masculino y la masculinidad. No es coherente pensar lo masculino sólo en términos de fuerza física, de violencia y de poder, y lo femenino en tonalidades de debilidad física, de solidaridad y de sumisión. No ayuda en nada, para comprendernos a nosotros mismos, hablar de la masculinidad como si ésta se ajustara a un catálogo de rasgos, cualidades y valores prefijados por la naturaleza, cuando son relativos al tiempo-espacio socio-cultural.

²³ Y tal cosa sólo es viable, a través de la actuación consciente y constante de un guión, lo que convertiría al hombre en un débil títere social.

y algún ejemplo que estimule de nuevo a imaginar cómo aproximarnos con paso más firme (que no necesariamente certero) a la realidad-real de lo que somos, sentimos y hacemos en tanto que ejemplares del paradójico animal humano.

Bibliografía

- Alonso, Martín (1991), *Enciclopedia del idioma*, México, Aguilar, t. II (D-M).
- Badinter, Elisabeth (1993), *XY, la identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- Cardin, Alberto (1984), *Guerreros, chamanes y travestis*, Barcelona, Tusquets.
- Foucault, Michel (1979), *Historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, t. 3.
- Hartley, Ruth E. (1959), "Sex Role Pressures in the Socialization of the Male Chile", en *Psychological Reports* 5.
- Lamas, Marta (2002), *Cuerpo: diferencia sexual y género*, México, Taurus.
- Lizarraga, Xabier (1993), "Comportamiento humano: interacción de complejidades", en *Ludus vitalis*, vol. I, núm. 1, México.
- (1995), "El placer hizo al hombre (y el displacer a la humanidad)", en *Ludus vitalis*, vol. III, núm. 4, México.
- (2000), "Dios, Darwin y nosotros", en *Cuicuilco*, nueva época, vol. 7, núm. 19, México.
- (2002), "Pensar al primate humano: pensar en hominización-humanización", en R. Pérez-Taylor, *Antropología y complejidad*, Barcelona, Gedisa.
- (2003), *Una historia sociocultural de la homosexualidad. Notas sobre un devenir silenciado*, México, Paidós.
- Lorite Mena, José (1982), *El animal paradójico. Fundamentos de antropología filosófica*, Madrid, Alianza Universidad.
- Miano Borruso, Marinella (comp.) (2003), *Caminos inciertos de las masculinidades*, México, ENAH-INAH/Conaculta.
- Morin, Edgar (1996), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- (2001), *Amor, poesía, sabiduría*, Barcelona, Seix-Barral.
- (2003), *El Método. V. La humanidad de la humanidad*, Madrid, Cátedra.
- Vilar, Esther (1978), *El varón domado*, Barcelona, Grijalbo.